

Tzvetan Todorov  
LA LITERATURA  
EN PELIGRO

Traducción de  
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg  
Círculo de Lectores

Título de la edición original: *La littérature en péril*  
Traducción del francés: Noemí Sobregués  
Diseño: Winfried Bährle

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/  
Galaxia Gutenberg  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es  
www.galaxiagutenberg.com  
1 3 5 7 9 9 0 1 0 8 6 4 2

© Flammarion, 2007  
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2009  
© Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2009

Depósito legal: B. 31883-2009  
Fotocomposición: María García  
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica  
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts  
Barcelona, 2009. Impreso en España  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3698-9  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-828-0  
N.º 48124

¿Qué puede hacer la literatura?

En su *Autobiografía*, publicada tras su muerte en 1873, John Stuart Mill cuenta la grave depresión que sufrió cuando tenía veinte años. Se quedó «insensible tanto a todo goce como a toda sensación agradable, uno de esos malestares en los que todo lo que en otros momentos agrada se convierte en insípido e indiferente». Todos los remedios que prueba resultan ser ineficaces, y su melancolía se mantiene durante mucho tiempo. Sigue realizando mecánicamente sus gestos habituales, pero no siente nada. Ese doloroso estado se prolonga durante dos años, y después se disipa poco a poco. En su curación desempeña un importante papel un libro que Mill lee por casualidad en ese momento: una antología de poemas de Wordsworth. Encuentra en ella la expresión de sus propios sentimientos sublimados por la belleza de los versos. «Me parecieron como una fuente de la que extraía la alegría interior, los placeres de la simpatía y de la imaginación, que todos los seres humanos podían compartir. [...] Necesitaba que me hicieran sentir que en la contemplación

tranquila de las bellezas de la naturaleza hay una felicidad verdadera y permanente. Wordsworth me lo enseñó no sólo sin apartarme de la consideración de los sentimientos corrientes y del destino común de la humanidad, sino redoblando el interés que sentía por ellos<sup>21</sup>.»

Casi ciento veinte años después una joven está encerrada en una cárcel de París. Ha conspirado contra el ocupante alemán y la han detenido. Charlotte Delbo está sola en su celda, sometida al régimen de «noche y niebla», por lo que no tiene derecho a libros. Pero su compañera del piso de abajo sí puede sacar obras de la biblioteca. Entonces Delbo trenza una cuerda con hilos que arranca de su manta y logra subir un libro por la ventana. Desde ese momento Fabrizio del Dongo se aloja también en su celda. No habla demasiado, pero le permite romper la soledad. Unos meses después, en el vagón para animales que la lleva a Auschwitz, él desaparece, pero Delbo oye otra voz, la del misántropo Alceste, que le explica en qué consiste el infierno al que se dirige y le enseña el ejemplo de la solidaridad. En el campo de concentración la visitan otros héroes con sed de absoluto: Electra, Don Juan, Antígona. Una eternidad después, de regreso en Francia, a Delbo le cuesta volver a la vida: la luz cegadora de Auschwitz ha barrido toda ilusión, ha anulado toda imaginación y ha declarado falsos los rostros y los libros... hasta el día en que Alceste regresa y la arrastra con sus palabras. Frente a lo extremo,

Charlotte Delbo descubre que los personajes de los libros pueden convertirse en compañeros fieles. «Las criaturas del poeta –escribe– son más verdaderas que las criaturas de carne y hueso porque son inagotables. Por eso son mis amigas, mis compañeras, gracias a ellas nos unimos a otros seres humanos en la cadena de los seres y en la cadena de la historia<sup>22</sup>.»

Yo no he vivido nada tan dramático como Charlotte Delbo, ni siquiera he conocido la angustia de la depresión que describe John Stuart Mill, pero no puedo prescindir de las palabras de los poetas, de los relatos de los novelistas. Me permiten dar forma a los sentimientos que experimento, ordenar el curso de los pequeños acontecimientos que constituyen mi vida. Me hacen soñar, temblar de inquietud o desesperarme. Cuando estoy sumido en la pena, sólo puedo leer la prosa incandescente de Marina Tsvietáieva, porque todo lo demás me parece aburrido. En otra ocasión descubro una dimensión de la vida que antes sólo había presentado, pero que reconozco inmediatamente como verdadera: veo a Nastassia Filippovna a través de los ojos del príncipe Mishkin, «el idiota» de Dostoyevski, y ando con él por las calles desiertas de San Petersburgo empujado por la fiebre de un inminente ataque de epilepsia. Y no puedo evitar preguntarme: ¿por qué Mishkin, el mejor de los hombres, el que ama a los demás más que a sí mismo, debe terminar su existencia reducido a la debilidad, encerrado en un manicomio?

La literatura puede hacer mucho. Puede tender-nos la mano cuando estamos profundamente deprimidos, conducirnos hacia los seres humanos que nos rodean, hacernos entender mejor el mundo y ayudarnos a vivir. No es que sea ante todo una técnica de curación del alma, pero en cualquier caso, como revelación del mundo, puede también de paso transformarnos a todos nosotros desde dentro. La literatura puede desempeñar un papel esencial, pero para ello es preciso tomarla en ese sentido amplio y sólido que prevaleció en Europa hasta finales del siglo XIX y que está marginado en la actualidad, cuando lo que triunfa es una concepción absurdamente limitada. El lector corriente, que sigue buscando en las obras que lee algo con lo que dar sentido a su vida, tiene razón cuando se enfrenta a los profesores, críticos y escritores que le dicen que la literatura sólo habla de sí misma, o que sólo enseña la desesperación. Si no tuviera razón, la lectura estaría condenada a desaparecer a corto plazo.

Como la filosofía, como las ciencias humanas, la literatura es pensamiento y conocimiento del mundo psicológico y social en el que vivimos. La realidad que la literatura aspira a entender es sencillamente (aunque al mismo tiempo nada hay más complejo) la experiencia humana. Por eso podemos decir que Dante o Cervantes nos enseñan sobre la condición humana al menos tanto como los más grandes sociólogos y psicólogos, y que el primer saber y el segundo no son

incompatibles. Éste es el «género común» de la literatura, pero tiene también «diferencias concretas». Acabamos de ver que los pensadores tanto de la Ilustración como del romanticismo intentaron identificarlas. Retomaremos ahora sus sugerencias y las completaremos con otras.

Una primera distinción separa lo particular de lo general, lo individual de lo universal. La literatura, ya sea mediante el monólogo poético o el relato, hace vivir experiencias singulares; por su parte, la filosofía maneja conceptos. La una preserva la riqueza y la diversidad de lo vivido, y la otra favorece la abstracción, que le permite formular leyes generales. De ello depende que un texto sea más o menos fácil de entender. *El idiota* de Dostoyevski pueden leerlo y entenderlo gran cantidad de lectores de épocas y culturas muy diferentes, pero un comentario filosófico de esa misma novela o del mismo tema seguramente sólo será accesible a una minoría acostumbrada a este tipo de textos. No obstante, para quienes las entienden, las palabras del filósofo cuentan con la ventaja de presentar proposiciones sin equívocos, mientras que las peripecias que viven los personajes de la novela o las metáforas del poeta se prestan a múltiples interpretaciones.

Cuando el escritor representa un objeto, un acontecimiento o un carácter, no establece una tesis, sino que incita al lector a formularla: no impone, sino que propone, y por lo tanto deja libre a su lector y al mismo

tiempo lo incita a ser más activo. Mediante la utilización evocadora de las palabras, mediante el recurso a las historias, a los ejemplos, a los casos concretos, la obra literaria provoca un temblor en el sentido, pone en marcha nuestro dispositivo de interpretación simbólica, despierta nuestras capacidades de asociación y produce un movimiento cuyas ondas de choque se prolongan mucho tiempo después del contacto inicial. La verdad de los poetas o la de los demás intérpretes del mundo no puede aspirar al mismo prestigio que la de la ciencia, dado que para confirmarla precisa la aprobación de muchas personas presentes y futuras. En efecto, el consenso público es el único método para legitimar el paso entre, por así decirlo, «me gusta esta obra» y «esta obra dice la verdad». Por el contrario, el discurso del sabio, que aspira a una verdad correspondiente y se presenta como una afirmación, puede ser inmediatamente sometido a la verificación, y quedará refutado o (provisionalmente) confirmado. No es necesario esperar siglos e interrogar a lectores de todos los países para saber si el autor dice la verdad o no. Los argumentos anticipados piden contraargumentos, por lo que nos metemos en un debate racional en lugar de quedarnos en la admiración y la fantasía. El lector de este texto corre menos riesgo de confundir seducción con exactitud.

En todo momento el miembro de una sociedad está inmerso en un conjunto de discursos que se le presentan como evidencias, como dogmas a los que debería

adscribirse. Son los lugares comunes de una época, las ideas recibidas que forman la opinión pública, los hábitos de pensamiento, tópicos y estereotipos que podemos llamar también «ideología dominante», prejuicios o clichés. Desde la época de la Ilustración pensamos que la vocación del ser humano le exige aprender a pensar por sí mismo en lugar de conformarse con visiones del mundo ya formadas que encuentra a su alrededor. Pero ¿cómo conseguirlo? Rousseau designa en el *Emilio* este proceso de aprendizaje con la expresión «educación negativa» y sugiere mantener al adolescente alejado de los libros para evitarle toda tentación de imitar las opiniones de los demás. Pero podemos razonar de otra manera, dado que las ideas que recibimos, sobre todo en nuestros días, no necesitan libros para instalarse de forma duradera en una persona joven. Para eso ya está la televisión. Por el contrario, los libros que haga suyos podrían ayudarle a abandonar las falsas evidencias y a liberar su mente. En este caso la literatura tiene un papel concreto que desempeñar: a diferencia de los discursos religiosos, morales o políticos, no formula un sistema de preceptos, y por ello escapa a las censuras de que son objeto las tesis formuladas por extenso. Las verdades desagradables —para el género humano, al que pertenecemos, o para nosotros mismos— tienen más posibilidades de llegar a expresarse y ser escuchadas en una obra literaria que en una obra filosófica o científica.

El filósofo estadounidense Richard Rorty ha pro-

puesto en un estudio reciente que se caracterice de forma diferente la aportación de la literatura a nuestra comprensión del mundo<sup>23</sup>. Rechaza el empleo de términos como «verdad» y «conocimiento» para describir esta aportación, y afirma que la literatura no es tanto un remedio para nuestra ignorancia como una cura para nuestro «egotismo», entendido como ilusión de autosuficiencia. Para él la lectura de novelas se acerca menos a la de obras científicas, filosóficas o políticas que a otro tipo de experiencia muy diferente: el encuentro con otros individuos. Conocer a nuevos personajes es como conocer a nuevas personas, con la diferencia de que de entrada podemos descubrirlas desde dentro, cada acción desde el punto de vista del autor. Cuanto menos se parecen a nosotros esos personajes, más nos amplían el horizonte, y por lo tanto enriquecen nuestro universo. Esta ampliación interior (en determinados aspectos similar a la que nos proporciona la pintura figurativa) no puede formularse en proposiciones abstractas, y por eso nos cuesta tanto describirla. Representa más bien la inclusión en nuestra conciencia de nuevas maneras de ser junto con aquellas que ya poseíamos. Este tipo de aprendizaje no cambia el contenido de nuestra mente, sino el propio continente; no las cosas que percibimos, sino el aparato de percepción. Lo que las novelas nos ofrecen no es un nuevo saber, sino una nueva capacidad de comunicación con seres diferentes de nosotros, y en este sentido participan más de la moral que de la

ciencia. El horizonte último de esta experiencia no es la verdad, sino el amor, forma suprema de relación humana.

¿Es preciso describir la mayor comprensión del mundo humano, a la que accedemos leyendo una novela, como la corrección de nuestro egocentrismo, como pretende la sugerente descripción de Rorty? ¿O bien como el descubrimiento de una nueva verdad revelada, verdad necesariamente compartible con otros hombres? No creo que la cuestión terminológica sea de gran importancia, siempre que se acepte la estrecha relación que se establece entre el mundo y la literatura, así como la aportación concreta de ésta respecto del discurso abstracto. La frontera, como por lo demás señala Rorty, separa el texto argumentativo no del texto imaginativo, sino de todo discurso narrativo, ya sea ficticio o verídico, desde el momento en que describe un universo humano concreto que no es el del sujeto. El historiador, el etnógrafo y el periodista se encuentran aquí en el mismo bando que el novelista. Todos participan de lo que Kant, en un famoso capítulo de la *Crítica del juicio*, consideraba un paso obligado en el avance hacia un sentido común, que es tanto como decir hacia nuestra plena humanidad: «Pensar poniéndose en el lugar de los demás seres humanos»<sup>24</sup>. Pensar y sentir adoptando el punto de vista de los demás, personas reales o personajes literarios, es el único modo de tender a la universalidad, y por lo tanto nos permite realizarnos. Por eso es preci-

so fomentar la lectura por todos los medios, incluso la de libros que el crítico profesional valora con condescendencia, cuando no con desprecio, desde *Los tres mosqueteros* hasta *Harry Potter*. Estas novelas populares no sólo han conseguido que millones de adolescentes leyeran, sino que además les han permitido construirse una primera imagen coherente del mundo, que, tranquilicémonos, las lecturas siguientes lograrán matizar y hacer más compleja.